

PRIMERA PARTE: CAPÍTULO LII

De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes¹, a quien dio felice fin a costa de su sudor

—Bien dices, Sancho —respondió don Quijote—, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre².

El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haría muy bien en hacer lo que decía, y así, habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron a don Quijote en el carro, como antes venía. [...]

El boyero unció sus bueyes y acomodó a don Quijote sobre un haz de heno y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y a cabo de seis días llegaron a la aldea de don Quijote, adonde entraron en la mitad del día, que acertó a ser domingo³, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote. Acudieron todos a ver lo que en el carro venía y, cuando conocieron a su compatrioto, quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo a dar las nuevas a su ama y a su sobrina de que su tío y su señor venía flaco y amarillo y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fue oír los gritos que las dos

¹ Disciplinantes: ‘penitentes que, yendo en procesión con la cabeza tapada con una caperuza, se azotan las espaldas con *disciplinas* (‘cuerdas de algodón o cáñamo que sujetan un abrojo en su extremo’), en cumplimiento de algún voto o en rogativa, para pedir algún favor celestial’ (II, 8); iban normalmente en procesión o en grupos, y llevaban la espalda al aire y la cabeza tapada con una caperuza. Los había de sangre, como los de este capítulo, y de luz, con hachas y cirios, como los que acompañan a Altisidora en su entierro (II, 35).

² DQ, que anduvo cuidadoso con la cuestión de la función de la fortuna en la vida de los hombres, aquí reconoce *el mal influjo de las estrellas*, cuestión que se relaciona con el hado y la libertad humana.

³ Este dato ha servido para especular acerca de la cronología de la historia.

buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron a los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar a don Quijote por sus puertas.

A las nuevas desta venida de don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya había sabido que había ido con él sirviéndole de escudero, y así como vio a Sancho, lo primero que le preguntó fue que si venía bueno el asno. Sancho respondió que venía mejor que su amo.

—Gracias sean dadas a Dios —replicó ella—, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo, qué bien habéis sacado de vuestras escuderías. ¿Qué saboyana me traéis a mí⁴? ¿Qué zapaticos a vuestros hijos?

—No traigo nada deso —dijo Sancho—, mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración⁵.

—Deso recibo yo mucho gusto —respondió la mujer—. Mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mío, que las quiero ver, para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia.

—En casa os las mostraré, mujer —dijo Panza—, y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje a buscar aventuras, vos me veréis presto conde, o gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí⁶, sino la mejor que pueda hallarse.

—Quiéralo así el cielo, marido mío, que bien lo habemos menester. Mas decidme qué es eso de *ínsulas*, que no lo entiendo.

⁴ *saboyana*: ‘traje de mujer, con mangas y cuerpo de una tela y falda de otra diferente’; la falda solía estar abierta por delante en forma de V, dejando ver la basquiña, que contrastaba en color.

⁵ ‘de mayor importancia’; puede referirse a los escudos, no restituidos, de la maleta de Cardenio (I, 23). De ahí la recomendación de silencio («cose la boca») que, poco después, hace Sancho a su mujer.

⁶ ‘de las corrientes, de las vulgares’.

—No es la miel para la boca del asno⁷ —respondió Sancho—; a su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de todos tus vasallos.

—¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? —respondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos⁸.

—No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa: basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabré decir, así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan a gusto como el hombre querría, porque, de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas⁹. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero, con todo eso, es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas a toda discreción, sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí¹⁰.

Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza, su mujer, en tanto que el ama y sobrina de don Quijote le recibieron y le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados¹¹ y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó a la sobrina tuviese gran cuenta con regalar a su tío y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que había sido menester para traerle a su casa. Aquí alzaron las dos de

⁷ ‘No son las cosas buenas para quien no sabe apreciarlas’, refrán (II, 28).

⁸ La mujer de Sancho recibe distintos nombres en la novela: Juana Gutiérrez, Mari, y en otros lugares Teresa Panza, Cascajo o Sancha.

⁹ ‘desviadas de como debieran, de forma distinta a como se quiere’.

¹⁰ ‘sin pagar ni un maldito maravedí’.

¹¹ ‘con la mirada extraviada, como cuando se está a punto de perder el sentido’.

nuevo los gritos al cielo; allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y sí fue como ellas se lo imaginaron.

Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, a lo menos por escrituras auténticas¹²: solo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron¹³, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenía en su poder una caja de plomo¹⁴, que, según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habían hallado unos pergaminos escritos con letras góticas¹⁵, pero en versos castellanos, que contenían muchas de sus hazañas y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza y de la sepultura del mismo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres.

¹² ‘de autor conocido y solvente’.

¹³ La Cofradía de San Jorge mantenía torneos caballerescos en Zaragoza aún a principios del siglo XVII. El deseo de asistir a estas justas se repite en la Segunda parte: sólo en II, 60, renunciará DQ a este destino, por desmentir a Avellaneda.

¹⁴ En este hallazgo se ha visto un reflejo de lo narrado en algunos libros de caballerías, o acaso una alusión a los falsos Libros del Sacromonte, fabricados para evitar la expulsión de los moriscos en 1588, y cuya autenticidad se discutía en la época en que se redactaba el *Q*.

¹⁵ ‘letras mayúsculas no ligadas’, como las que se encuentran grabadas en los monumentos romanos.

Y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia. El qual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquerir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla a luz, sino que le den el mesmo crédito que suelen dar los discretos a los libros de caballerías, que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho y se animará a sacar y buscar otras¹⁶, si no tan verdaderas, a lo menos de tanta invención y pasatiempo.

¹⁶ Se refiere a *historias*.